

Jóvenes rurales y jóvenes urbanos
Carta de un párroco sobre uno de los problemas fundamentales de nuestro tiempo

Mountain youth and city youth
Letter from a priest on one of the fundamental problems of our time

Lorenzo Milani

RESUMEN: Carta enviada al director del *Giornale del Mattino*, de Florencia, el 20 de mayo de 1956. En ella, Lorenzo Milani, como respuesta a un discurso del ministro de Educación, habla de la pobreza y la emigración, del conocimiento y la visión del mundo de los jóvenes rurales y de los jóvenes urbanos, y del dominio de la palabra.

Palabras clave: Lorenzo Milani; Educación; Emigración; Pobreza; Emancipación

Abstract: Letter sent to the editor of the Giornale del Mattino, Florence, on May 20, 1956. In it, Lorenzo Milani, in response to a speech by the Minister of Education, speaks of poverty and emigration, of the knowledge and world view of the young people of the mountains and of the young people of the city, and of the mastery of the word.

Keywords: Lorenzo Milani; Education; Emigration; Poverty; Emancipation

Publicada en *Giornale del Mattino*, el 20 de mayo de 1956, p. 3. El título original –“Giovani di montagna e giovani di città”– fue elegido por la redacción del periódico, que añadió una entradilla en la que se advertía a los lectores que: “Durante nuestra investigación sobre escuela secundaria [obligatoria para alumnos de 11 a 14 años, N. del T.] y sobre los jóvenes, nos ha llegado esta carta de un inteligente párroco rural, el padre Lorenzo Milani, conocido por no pocos de nuestros lectores gracias a sus iniciativas y su admirable actividad en favor de sus parroquianos. La publicamos, porque estamos seguros de que aportará una contribución no pequeña al estudio de uno de los problemas fundamentales de nuestra época”. La parte final del artículo, sin embargo, fue omitida, lo que hizo incomprensible su colocación dentro de una serie de intervenciones sobre la enseñanza del latín. De hecho, el artículo fue enviado por Milani el 28 de marzo de 1956 como respuesta a un discurso del ministro de Educación Paolo Rossi, partidario de eliminar el latín en la *scuola media*, pero no fue publicado hasta el 20 de mayo de ese mismo año, con importantes cortes de los que no se informó al autor; de ello se quejaría en una carta enviada a su madre, del 21 de mayo: “No me pidieron permiso (como yo había puesto como condición), pero no discuto porque no merece la pena. Prefiero no enviarles nada más”. Efectivamente, el padre Milani no envió más cartas ni artículos al diario florentino de la Democracia Cristiana. Aclaremos que Giorgio La Pira, al que alude Milani, era el alcalde de Florencia, que en aquellos años se enfrentaba al problema de proporcionar una vivienda a los numerosos desahuciados de su ciudad.

Querido Director:

Tu periódico se preocupa a menudo por el sufrimiento de los parados y los sin techo, y te lo agradezco.

El techo y el pan figuran entre los bienes mayores. Por eso, carecer de ellos es una de las mayores miserias.

Sin embargo, no solo de pan vive el hombre. Hay bienes que son superiores al pan y a la vivienda, y carecer de ellos es una miseria más profunda que carecer del pan y de la vivienda. A ese tipo de bienes yo lo llamaré, por comodidad de expresión, “instrucción”, pero me gustaría que tomaras esta palabra en un sentido más amplio, incluyendo todo lo que es elevación interior.

A este propósito alguien apuntará que yo le otorgo al pobre sentimientos que son míos y que nada en el mundo es más importante para los pobres que la vivienda y el pan.

Lo tranquilizaré con un argumento que no admite réplica porque es un hecho.

Vivo en la montaña, no muy lejos de Florencia. Mi pueblo contaba con 230 almas en 1935, ahora cuenta con 124. Desde el año pasado ha perdido veinticuatro. De veinticinco casas, siete están vacías. Díselo a La Pira. ¡Siete casas vacías!

Y tampoco es que les faltara el pan a los que quisieran volver. Pan que había que sudarlo y arrancarlo a la tierra, pero, en fin, mal que bien, incluso cuando vivían allí los otros ciento seis, tenían qué comer y no se morían de hambre. Y en aquel entonces la tierra rendía menos que ahora. Por otra parte, en tu periódico veo que pagáis la leña a mil doscientas liras el quintal. Pienso que en el invierno pasado vuestros parados han tenido que padecer mucho frío. Nosotros, en cambio, talamos encinas y robles, cuantos quisimos. En el hogar del más pobre de mis chicos queman una cantidad de troncos que a vosotros os bastaría para dos inviernos.

Aquí pues, casas a voluntad, leña a voluntad, y un trozo de pan para todos.

Y en Florencia todo lo contrario: La Pira bregando con los carros de los desahuciados, de una puerta a otra.

¿Por qué no nos los envía aquí?

Sin embargo, ves, incluso él, que conoce bien los sufrimientos de los pobres en la ciudad y no sabe nada de la montaña, incluso él ha entendido que esas palabras no las podía decir. “Marchaos al monte”.

“¡Vete tú!”. “¿Por qué yo? ¡Vete tú!”, gritarían todos en Florencia, del más viejo al más joven. El que trabaja lo diría al parado, y el parado se lo echaría a la cara al que trabaja.

La Pira no es de los que dicen que los campesinos bajan a la llanura para ir al cine. Él no ofende así a un pueblo entero que emigra. Un pueblo entero, no dos o tres jóvenes imprudentes y atrevidos. Un pueblo entero, con los viejos sabios y las mujeres de la casa que ya no tienen pájaros en la cabeza. Han bajado a la llanura y están dispuestos incluso a morir de hambre, de frío o de otras carencias, pero nunca volverán a la montaña.

Alguien dice que si los parados y los sin techo no retornan es solo porque ya no saben los oficios de allí.

Sabes, ¡habrá muchos de vuestros parados que no saben los oficios de la montaña! Haced elaborar una estadística sobre el lugar de nacimiento de vuestros peones desempleados. Como mucho, habrán bajado los de la generación anterior. Pero la mayoría de ellos ha nacido en la tierra y en la montaña, y sabrían ganarse el pan con el hacha en el bosque e incluso podrían adaptarse a nuestra precariedad, porque la dejaron hace poco y allí crecieron.

Pero no se adaptan.

Tiene que haber algo más, pues. Ese algo más es lo que he dicho que quiero llamar instrucción y comprende todas las infinitas cosas pequeñas y grandes que ponen a un campesino en condiciones de inferioridad y de humillación frente al ciudadano.

No es necesario de que me extienda en el análisis de este asunto. De momento, me basta haber demostrado su existencia. Dicen que el éxodo de la montaña es como saltar de la sartén al fuego.

Pero *nadie* vuelve atrás y, por eso mismo, eso que quema más que el fuego existe. Y ese algo más es, necesariamente, el nivel cultural, porque no veo que otra cosa podría ser, si no es ni el pan ni la casa.

Lo que digo de los montañeses respecto a los de la llanura vale con idéntico peso, aunque a niveles distintos, para los campesinos respecto a los arrendatarios, para los de campo respecto a los de ciudad, y para los obreros respecto a los que tienen estudios.

Las consecuencias de esos cuatro desniveles culturales son muy graves, y se extienden a los campos más variados e imprevisibles.

Baste aquí decirte que sobre los que saben menos pueden más el propagandista político, el comerciante, el empresario, los industriales, el destructor de la religión, el corruptor, el brujo...

Pero te ahorro el cuadro doloroso que podría dibujarte de eso, que es la miseria más grave de los miserables, y que resume todas las demás miserias tuyas, porque supongo que ya estás enterado de este asunto desde hace tiempo.

Vamos a analizar, más bien, su íntima esencia.

¿Crees que uno de mis chicos de la montaña posee una cantidad de conocimientos muy inferior a la de un coetáneo suyo de ciudad?

Diez años de ojos abiertos al mundo son diez años aquí, en el monte Giovi, como allí, en la calle Tornabuoni. Y en el tiempo en que vuestros chicos dirigían sus ojos hacia un montón de cosillas selectas, los míos no los tenían cerrados, sino que miraban otras cosillas.

Los vuestros conocen el dinosaurio y el puma, pero no distinguen un conejo macho de una

hembra. Los míos no saben de los colores del semáforo, ni si un grifo se abre hacia la derecha o hacia la izquierda, pero, en cambio, lo saben todo sobre la vida del bosque con sus infinitas madrigueras, reptiles, plantas, según el pasar de las estaciones y las horas.

Diez años son igualmente diez años, créeme. Ya sé que en los libros hay una *concentración* de observaciones que solo con nuestros ojos no se podría alcanzar. Pero aquí, en cambio, en el gran libro del bosque y del campo, se *concretan* observaciones que nunca se alcanzarán con los libros.

Sin embargo, además del libro del bosque, también está el de las familias. Sobre la familia y sus leyes y relaciones sabe muchísimo más un chico de aquí que uno de los vuestros. Y también sobre la muerte y sobre otras mil cosas graves de la vida de los demás. Vosotros, en la ciudad, os cruzáis sin saber uno el nombre del otro. Las campanas tocan a muerto y ni os dais cuenta, si no tocan por uno de los vuestros. Pasa un coche fúnebre y no sabéis quién se ha muerto, cómo se ha muerto, si ha dejado tras de sí llantos o litigios. ¿Qué queréis saber, pues, de la vida más allá del círculo reducido de vuestra casa o de los libros que leéis y os engañan, porque a menudo los ha escrito gente encerrada en su caparazón como vosotros?

La conclusión de todo este discurso es que hay que suponer *a priori*, por ejemplo, que los conocimientos y la visión del mundo de un leñador de veinte años equivalgan a los de un universitario de veinte años. No quiero decir que sean iguales, sino equivalentes. Más rica por una parte, más pobre por la otra. En resumen: sin duda no inferior. Es más, si tuviese que dar mi opinión, me inclino a creer que Dios quiso dar más bien algo más al desheredado que al otro: sentido común, equilibrio, realismo, etc.

Pues bien, ahora a estos dos hombres que hemos dicho que no son inferiores el uno al otro por riqueza interior, pongámoslos uno frente al otro en un debate. O también frente a los problemas cotidianos que la vida moderna les pone, y veremos caer enseguida a uno de mis chicos. Humillado, vencido una y otra vez por el primer estudiantillo figurín de ciudad.

¿Acaso el semáforo o el grifo (obras de la mano del hombre) valen más que el bosque (obra de Dios)? ¿Acaso hay una jerarquía de valores entre los conocimientos? Unos (los de ciudad), nobles y útiles; otros (los del bosque), innobles y vanos. Si esa jerarquía debiera hacerse, yo querría que los conocimientos del bosque fueran por delante de los del programa de televisión o del último hallazgo americano para tener una vida cómoda y no viril. Pero esa jerarquía no existe. El saber siempre es noble, cuando es conocimiento de la bella creación de Dios.

Por ello, yo estoy seguro de que la diferencia entre uno de mis chicos y uno de los vuestros no reside en la cantidad ni en la calidad del tesoro encerrado dentro de la mente y del corazón, sino en algo que está en el umbral entre lo interior y lo exterior; mejor dicho, es el umbral mismo: la Palabra.

Los tesoros de vuestros chicos se extienden libremente desde esa ventana abierta de par en par. Los tesoros de los míos están murados para siempre y son yermos. Lo que les falta a los míos es, por tanto, nada más que esto: el dominio de la palabra. De la palabra ajena para aferrar su íntima esencia y sus límites concretos; de la propia para que exprese, sin esfuerzo y sin traición, las infinitas riquezas que la mente encierra.

Llevo ocho años dando clase a campesinos y obreros y me he dejado ya casi todas las otras

asignaturas: solo doy lengua y lenguas. Cada tarde, hago referencia diez o veinte veces a las etimologías. Me detengo en las palabras, se las secciono, hago que las vivan como si fueran personas que nacen, se desarrollan, se transforman y se deforman.

En los primeros años, los jóvenes no quieren saber nada de esta tarea, porque no captan de inmediato su utilidad práctica. Después, poco a poco, prueban las primeras alegrías. La palabra es la llave mágica que abre todas las puertas. Uno se da cuenta de ello enfrentándose al manual del motor para el permiso de conducir. Otro, entre las líneas del periódico de su partido. Un tercero se ha lanzado a la lectura de las novelas rusas y resulta que las entiende. Cada uno de ellos se entera, además, en la plaza del pueblo y en el bar de lo que el médico discute con el farmacéutico en voz alta, ambos cargados de condescendencia. De sus palabras, hoy capta el valor y todos los matices. Solo ahora se da cuenta de que expresan un pensamiento que ya no tiene el valor que parecía tener ayer; es más, parece poca cosa. Los más valientes incluso se han atrevido a abrir la boca. Empiezan a atrapar al charlatán en sus propias palabras. Palabras como personajes se titula una columna tuya. Pues ese es, justamente, mi ideal social. Cuando el pobre sepa dominar las palabras como a personajes, la tiranía del farmacéutico, del político o del granjero se quebrará.

¿Una utopía? No. Y te lo explico con un ejemplo: hoy un médico, cuando habla con un ingeniero o un abogado, trata de igual a igual. Eso no es porque él sepa de ingeniería o derecho igual que ellos. Habla de igual a igual porque comparte con ellos el dominio de la palabra.

Pues bien, a esa misma paridad se puede llevar al obrero y al campesino sin que la sociedad se vaya a desmoronar. Siempre habrá obreros e ingenieros, no hay más remedio. Pero eso no conlleva para nada que se perpetúe la injusticia de hoy, la que hace que el ingeniero tenga que ser más hombre que el obrero (llamo hombre quien es dueño de su lengua). Esto no forma parte de las necesidades profesionales, sino de las necesidades vitales de cada hombre, del primero al último que quiera llamarse hombre.

El dominio del medio de expresión es un concepto que no puedo separar del de conocimiento de los orígenes del lenguaje. Mientras haya alguien que lo posee y otros que no lo poseen, esta paridad de base que yo pido no dejará de ser una burla.

Después de este discurso, ¿es necesario que te diga qué pienso del latín? ¿Que te diga la pena que me han dado las palabras cínicas de ese ministro? Si lo juzgamos por ellas, uno diría que se propone perpetuar todavía más, esto es, fortificar la ciudadela restringida de los poderosos, y ensanchar la ciénaga en la que se debaten los impotentes.

“Se les prestaría un pésimo servicio...”

“¿Para qué quieren pan? Que coman pasteles”, decía una reina que no era cínica, sino solo un poco frívola e inexperta. Una infeliz que no supo ponerse en la piel de los infelices. Y así le sucedió que los infelices no supieron ponerse en la suya y perdonarle una inexperiencia que, sin duda, no era por completo culpa suya. No le deseo al ministro que acabe como ella. Le ofrezco, por el contrario, quince días de hospitalidad en mi casa. Si será capaz de adaptarse, durante esos pocos días, a la lámpara de carburo, al porrón y tantas otras cosillas, yo lo tendré a mi lado mientras doy clase a mis jóvenes montañeses y le prometo que voy a abrir sus ojos a un horizonte inmenso que ni se imagina.

El Ministerio continuará bien incluso sin él y, cuando vuelva, podrá presumir de tener, por fin,

un ministro digno de una República “fundada en el trabajo” [como reza el primer artículo de la Constitución de la República Italiana, N. del T.].

Verás que desde ese día ya no concederá más entrevistas sobre la abolición del latín. De hecho, es posible que convoque un concurso para elegir un texto de griego destinado a quinto de primaria. Y para la reforma del programa de Formación Profesional creo que se dirigirá a un estudioso de hebreo para no privar a los pobres del contacto directo con el libro sagrado.

Dios lo quiera de verdad.

Para el bien de los pobres. Para que estos se labren un camino en el mundo sin que corra la sangre. Y aun si tuviera que correr la sangre una vez más, para que, al menos, no corra en balde para ellos, como ha ocurrido hasta la fecha, todas las veces.

Traducción de Paolino Nappi